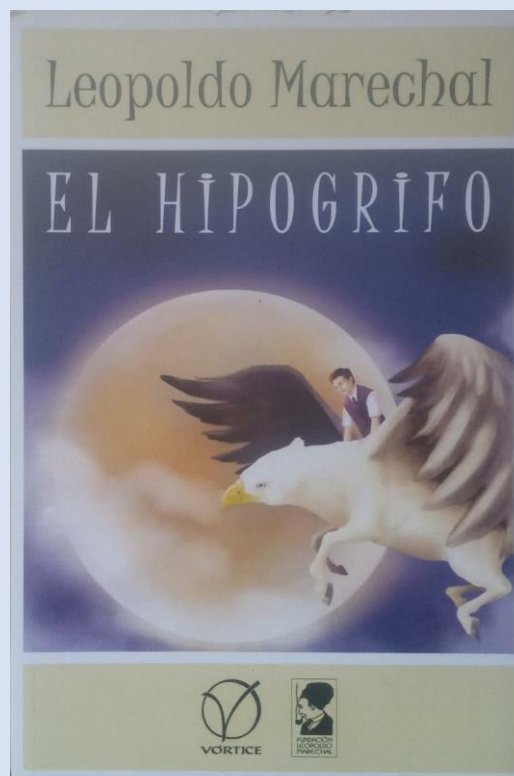




**Leopoldo Marechal: *El Hipogrifo*. Buenos Aires, Vórtice / Fundación Leopoldo Marechal, 2017, 62 págs.**

Inmemoriales son los relatos que recuperan figuras fantásticas surcando los cielos de la lógica y rasgando los límites que tan celosamente la humanidad insiste en colocar a aquello que llama realidad. Como parte de esa línea que se pierde en el horizonte histórico, el fantástico latinoamericano regurgita las tradiciones, reactivando sus valencias pero, a la vez, estableciendo –como señala María Negroni en *Galería fantástica*– «una nueva forma de resistencia a las cárceles de la razón y del sentido común».

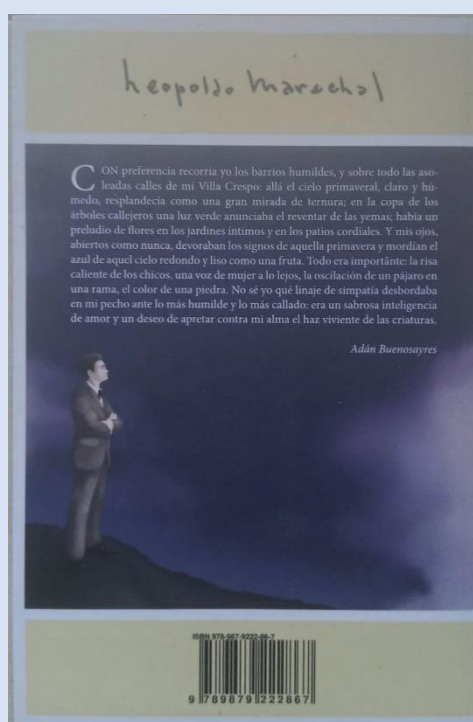
Dentro de ese corpus de incesante vitalidad y particularmente dentro de la producción de Leopoldo Marechal, *El Hipogrifo* (1968) es un breve relato de resonancias míticas que elige localizarse en la Buenos Aires del siglo pasado para mostrarnos, acaso, las tensiones existentes entre la mirada adulta y la que configura el universo de un niño.



Reeditado en 2017 por la Fundación Leopoldo Marechal, con ilustraciones de Gabriel Bianchini, presentación de María de los Ángeles Marechal y fragmentos de corte autobiográfico que se anuncian como un «Autorretrato en tres tiempos», este cuento recobra un lugar dentro de la producción marechaliana luego de quedar eclipsado por la atención que la novelística y la poesía del autor –tal como se afirma en el prólogo– despertaron en la crítica.

El argumento parece capitalizar la larga experiencia del escritor en el campo de la docencia, pues explora una escena pedagógica de tintes mayéuticos: un maestro y un niño permiten que el diálogo se transfigure en «puente» para luego convertirse en trampolín. Pero ¿quién aprende a partir de este vínculo? ¿Quién se anima al salto?

Posicionado como narrador del cuento, el maestro menciona esta historia como un misterio irresuelto. Su alumno Walther ha desaparecido y él tiene una perspectiva privilegiada para referir a los hechos, pues es quien más pudo acercarse al espacio de ensimismamiento en el que el niño se refugiaba. Huérfano de madre y con un progenitor cooptado por su jerarquía militar, el pequeño encuentra entre las hiedras que supieron sembrar las manos maternas un enigmático y seductor compañero que (lo) despierta de su sueño: el hipogrifo.



Con el ánimo de indagar cuáles eran las motivaciones que el niño encontraba en el ostracismo, el maestro cree calcular los movimientos de ingreso a la psiquis del párvulo, pero se ve atrapado él mismo por un laberinto en el que lo seducen la curiosidad y tal vez también la memoria de su propia infancia.

Mientras se produce ese juego de cacería recíproca, ante sus propios ojos, el niño va desatando los nudos que lo mantienen sujeto a una vida de silenciosa melancolía. Entonces adquieren relevancia las palabras de advertencia que abren el cuento: «¡Cuidado, almas buenas! No todos los desaparecidos están ausentes» (p. 11).

El primer viaje que el animal fantástico ofrece a Walther lo lleva a sobrevolar sitios monumentales de la metrópoli bonaerense, sitios relacionados con el poder y con la historia. No es casual que sean símbolos fálicos los que se visitan «en picada» por la dupla voladora. Y es que los personajes masculinos de este relato se encuentran cercenados por las directrices que los ámbitos marciales y educativos imponían como destino inexorable para los hombres de la época.

En tal marco, la búsqueda de otros futuros posibles se manifiesta mediante ese vuelo, ese ver en vertical que la criatura híbrida y la mirada descontracturada de un pequeño permiten. La temática fantástica, en este mismo sentido, logra instalar en los lectores –según María Negroni– «la promesa del que el sueño existirá, a condición de que aceptemos soñarlo».

No resulta desatinado en este punto mencionar los ecos intertextuales que el texto de Marechal reconoce. Explícita mención se hace al *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto, poema épico del s. XIV en el que el hipogrifo se erige como vehículo para que los personajes atravesen aventuras y desafíos. Otras referencias más sutiles remiten al teatro calderoniano, no sólo por las remisiones conocidas, sino fundamentalmente por las resonancias del juego del ser y el parecer barroco que todavía se perciben en el cuento. Pero más allá de estas relaciones evidentes, es posible notar alusiones tanto al discurso bíblico (en aquellos pasajes donde se promete y declara la pertenencia del Reino de los Cielos a los niños), como a la literatura hermética y sus escenas iniciáticas.

¿Quiénes sueñan y quiénes están despiertos? ¿Quiénes habitan la vida? ¿Quiénes se atreven al vuelo y a sus costos? son algunas de las preguntas que permite formular ese solapamiento discursivo que delinea el espesor semántico del cuento. Pero, simultáneamente, este breve relato de Leopoldo Marechal ofrece las claves para responderlas. Tan solo es necesario permitir la visión adecuada.

Roxana Elizabet Juárez  
(Universidad Nacional de Salta)